

## RICARDO ROJAS HAGIÓGRAFO

(A PROPÓSITO DE EL SANTO DE LA ESPADA)\*

EDUARDO HOURCADE\*\*

### El sanmartinismo de los años '30

Resulta bien conocido que los años treinta son años de revisión para la conciencia política argentina. Este marco general de revisión se expresa de muy distintas formas según los actores en quienes centremos nuestro interés; pero es posible señalar que en casi todas las expresiones ideológicas, frente a los cambios que se producen a nivel local y mundial, se genera la necesidad de procesar con rapidez inflexiones en sus puntos de vista, reajustes entre sus nuevas necesidades como actores de la vida moderna y sus anteriores tradiciones. La doble crisis, a un tiempo política y económica, que se abre entre nosotros, es contemporánea de esa misma doble crisis que con distintas manifestaciones e intensidad se ha hecho notar en Europa luego de 1914.

La acción colectiva en las sociedades modernas —y cualquiera sea su grado de desarrollo en 1930, Argentina desde este punto de vista puede ser definida como tal— requiere la producción en el nivel de lo imaginario de un sistema de representaciones que articule a ese colectivo y le confiera un **nosotros**. En aquellas sociedades donde el organicismo y la homogeneidad natural de la vida de Antiguo Régimen han quedado atrás junto con la fundamentación teológica de la vida, la

---

\* Agradezco a Cristina Godoy, Fernando Devoto, Alejandro Cattaruzza y Fernando Rodríguez por sus valiosos comentarios en distintas etapas de la elaboración de este trabajo que fue inicialmente discutido en las III Jornadas Inter-Escuelas de Historia, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1993.

\*\* Universidad Nacional de Rosario; CONICET.

producción de sentidos capaces de informar la acción colectiva aparece como modalidad decisiva de organización de la dirección social en un mundo laico, infundamentado.

No sorprende entonces que disputas derivadas de las fuentes profundas de la asimetría social vayan a resumirse en la cuestión de la identidad, de un nosotros que resulta ser fundamento del agrupamiento en cuestión. Para ese sujeto colectivo así, tan precariamente, conformado la atribución de una **memoria** deviene igualmente crucial; pues tal memoria produce un anclaje ficcional en el pasado y confiere entonces densidad a una personalidad histórica. La conciencia histórica de una época es más o menos equivalente a la totalidad de las producciones de "memoria colectiva" que la caracterizan. Ello explica porqué, y pese a sus protestas, se halló la historiografía profesional tan a menudo entremezclada en disputas políticas, dado que las orientaciones de la vida colectiva (hacia adelante) siempre se ligan con una determinada percepción del pasado.

La crisis política argentina de los años treinta tuvo notorios efectos en el zócalo de las representaciones históricas.<sup>(1)</sup> Justamente, alrededor de los años '30 se disuelve la homogeneidad que más o menos hasta entonces había caracterizado a la producción historiográfica local, abocada desde principios de siglo a la profesionalización. Si bien la cuestión de una historia adecuada a la "Restauración Nacional", había sido tema dominante en el Centenario, tal demanda fue apropiadamente procesada por la corporación de oficio, que siguió consolidando su centralidad. El desarrollo de los aparatos propios de esta profesión (Universidad, Archivos, Museos, Editoriales), pese a los distintos proyectos de conocimiento e individualidades que caben discriminar en su interior, los mismos no importaban una ruptura, antes al contrario, de dicha homogeneidad.<sup>(2)</sup>

Bien sabemos que el Revisionismo Histórico se conforma, aunque marginal, como una definida corriente de interpretación opuesta a la historiografía de Estado, en esta década del treinta. Tiene aceptación general que, pese a ciertos anticipos interpretativos de los años '20 en los que el revisionismo irá a filiarse, la aparición en 1934 de *La Argentina y el Imperialismo británico* de los hermanos Irazusta puede considerarse como su primer producto acabado. Hacia el final de la década, en 1938, la constitución del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas evidencia la fractura corporativa que se mantendrá por larguísimo tiempo.<sup>(3)</sup>

Por su parte, y como otro índice de esa bifurcación, también en 1938 la Junta de Estudios de Historia y Numismática, es convertida por el Poder Ejecutivo en Academia Nacional de Historia. Esta asumirá sin ambages el papel de historia oficial, papel con límites a la vista en la Argentina de la restauración conservadora, donde estatalidad ya no significa universalidad. En muchas ocasiones, y mucho mejor de lo que yo podría hacerlo, se han indicado las particulares relaciones entre estos hermanos-enemigos de la historiografía argentina.<sup>(4)</sup> No obstante, quisiera recordar que las respectivas edificaciones del panteón histórico de la nacionalidad, siempre convergieron en un punto: la elevada valoración del papel sanmartiniano,

que desde aquellos años treinta se convierte en “Libertador de América”, en “Santo de la Espada”.

Tal convergencia no puede dejar de ser llamativa. Y no porque San Martín no la mereciese —no estoy hablando aquí de San Martín, sino de la construcción de sus interpretaciones en los años '30—; sino porque en una disputa política de larga duración por el pasado, que duró como poco cerca de cuarenta años, y donde se renovaron tanto los polemistas como los argumentos, la pertinaz coincidencia en salvar de la contaminación del debate a San Martín está hablando también de una comunión valorativa de idéntica duración.

Por supuesto que ambas corrientes no coinciden en cuanto al San Martín cuya veneración profesan, pero no dudan de la pertinencia del culto. Tal vez sea después del golpe de 1955 cuando la figura sanmartiniana sea traída a un terreno más contencioso: esto es, cuando frente a la ficcional continuidad “Mayo-Caseros-Golpismo libertario”, se opusiera una no menos ficcional secuencia del pasado, “San Martín-Rosas-Perón”, donde el papel sanmartiniano era, justamente, traspasar su aura intangible a las algo más controvertidas personas que se mencionaban enseguida. Quiero subrayar el hecho que las distintas interpretaciones de San Martín, aunque opuestas en su interior, no pretendían sino subirlo algunos puntos más, si cabía, en la estima colectiva. Curiosa coincidencia, insisto, en una Argentina por tan largo tiempo profundamente dividida en su percepción del pasado, lo que no hubiera sido tan grave, e imposibilitada de articular una fórmula política de convivencia estable, lo que era mucho más serio.

A pesar, entonces, de no ser tan notable en la autorreflexión historiográfica argentina, la revisión de la imagen sanmartiniana nos parece ser un acontecimiento decisivo de la remodelización de una conciencia histórica en aquellos años treinta. En tal sentido, y con lo importante que puede haber resultado con posterioridad a los años treinta el revisionismo, el sentido de estas líneas es recordar que la gran empresa estatal de la conciencia histórica por entonces podría definirse como el **sanmartinismo**.

\*

El responsable inicial de la difusión de una figura sanmartiniana fue Bartolomé Mitre. En su *Historia de San Martín y de la Emancipación Americana* edificó un monumento a la memoria del “libertador del Sud”, a la vez que otro monumento a la “revolución argentina americanizada” y tal vez un tercero a su propia forma de pensar y escribir la historia. Recientemente se han venido a recordar las resonancias conceptuales<sup>(5)</sup> en esta escritura, como también la posibilidad, partiendo desde la teoría política, de otra lectura de la controversia del autor con Vicente F. López, y particularmente acerca de la “desobediencia sanmartiniana” de 1820.<sup>(6)</sup>

En lo que hace a nuestro interés, el San Martín de Mitre resulta primordialmente un libertador republicano. Como tal, encarna la genialidad continental,

resulta el hombre que puede llevar a cabo una misión que parecía fuera de las fuerzas humanas, pero al tiempo que su tenacidad y genio militar innatos lo hacen protagonizar la gesta, San Martín es un hombre que hace la historia, aunque no sabe bien las condiciones en que la hace (para decirlo en el estilo de la fórmula canónica).<sup>(7)</sup> El San Martín de Mitre es una persona que actúa siguiendo un instinto natural pero que no alcanza a entrever la magnitud de la misión que lleva a cabo:

“San Martín, el libertador del sur, su figura histórica (tiene) proporciones continentales, no obstante que sus acciones son más trascendentes que su genio y sus resultados más latos que sus previsiones. Es una fuerza histórica, que como las fuerzas de la naturaleza, obra por sí obedeciendo a un impulso fatal”.<sup>(8)</sup>

En otro sentido, sabemos que la aparición de la obra de Mitre y los debates subsecuentes con V.F. López, ocurridos en los años '80, eran coetáneos de una empresa de fundación de un orden social que tenía como interlocutores decisivos a los “notables”. Como se apuntaba antes, la construcción de la Argentina Moderna daría paso a la “sociedad de masas” con nuevas necesidades de integración social y política. Los festejos del Centenario, con su honda carga de reflexión sobre la historia común, el surgimiento del llamado “primer nacionalismo” y la reforma política de 1912 serán diferentes operaciones que, cada una en su propio estilo, apuntará a reorganizar esa Argentina “cosmopolita”, tan marcadamente distinta de la “gran aldea” de los notables.

Volviendo a la fisonomía sanmartiniana, alrededor del Centenario debe apuntarse la aparición de la monumental *Bibliografía del General José de San Martín y de la Emancipación Americana*,<sup>(9)</sup> compuesta en cinco volúmenes por Carlos I. Salas. La paciente erudición que la había hecho posible hacía juego con los postulados de la metodología que por entonces difundía la “Nueva Escuela Histórica”, al tiempo que la repetición desde el título del esquema mitrista daba buena indicación de la perdurabilidad de la imagen ya acuñada.

Si nos trasladamos hacia las formas de divulgación de unos contenidos históricos hacia quienes, para abreviar, podemos llamar “sectores subalternos”, la proliferación de imágenes destinadas al consumo escolar o al de un público más amplio que se integraba a la conmemoración, nos muestran un panteón de fundadores de la nación directamente derivado de la concepción mitrista.<sup>(10)</sup> Por caso en la alegoría *Centenario*, de J. Franky, se registran las principales etapas de un siglo de historia argentina. En la parte superior aparecen Belgrano, con ropa civil, y San Martín con uniforme. Más abajo, a los pies de la Pirámide de Mayo, los retratos de Cornelio Saavedra y Bernardino Rivadavia. Aparecen también los retratos de Urquiza y Mitre. En un tercer nivel se representan al Director Pueyrredón y al Gral. Las Heras. Finalmente se alinea una galería de presidentes que comienza en Sarmiento.<sup>(11)</sup>

Aunque no avancemos en mostrar mejor esta figuración de San Martín en el Centenario, tal vez se nos pueda aceptar que afirmemos que la imagen más difun-

dida de San Martín, tanto entre los historiadores de profesión como entre el público más amplio que era integrado a participar del legado común, enfatizaba en la genialidad militar del que Mitre llamara “libertador del Sud”, junto a la relativa reticencia en cuanto a evaluar positivamente en el mismo aptitudes de índole política o conceptual.

A principios de los años veinte es posible indicar una excepción a este “consenso”. Un conjunto de militares desafectos del yrigoyenismo comienzan a organizarse para impedir lo que consideraban intromisión de las fuerzas armadas en el terreno de lo político. Conforman para ello la “Logia Gral. San Martín”. Diversos problemas en la relación del gobierno con el Ejército se sumaban a los muchos conflictos de la administración radical. Por una parte, las frecuentes intervenciones a las provincias habían obligado al ejército a convertirse en actor de conflictos de los que, hasta entonces, había estado al margen. Por otra parte, los sucesos de principios del año 19, sofocados por la intervención militar (aunque sin órdenes explícitas del poder ejecutivo) habían dejado en los militares una sensación ambigua. Por último, y más gravemente todavía, la política yrigoyenista que tentaba reincorporar a las filas militares a aquellos hombres que habían sido expulsados por apoyar los conatos radicales de 1893 y 1905, amenazaba dislocar gravemente el orden escalafonario en desmedro de los reglamentos y ordenanzas.<sup>(12)</sup>

De acuerdo a la narración de Juan V. Orona,<sup>(13)</sup> dos grupos diferentes, uno de capitanes y otro de jefes, habían comenzado a reunirse en forma secreta “para salvar las viejas ordenanzas en peligro”. Lo que nos interesa subrayar aquí es que ambas organizaciones eligieron para sí el nombre de San Martín. La primera de ellas, como “Logia San Martín”; la segunda como “Centro Gral. San Martín”. A fines de 1921 se reunifican con la común denominación “Logia Gral. San Martín”. La figura sanmartiniana era apropiada en las “Bases” de la Logia como el ejemplo a imitar, en tanto modelo de profesionalismo militar que supo evitar la propagación del “mal” de la política que amenaza extenderse entre los uniformados, manteniéndose apartado de la misma. “San Martín tuvo la visión del descalabro. Y ese grande hombre impidió con heroica medida la propagación del mal, y pudo así realizar la más estupenda hazaña que registran los Anales de la Historia Americana”. Algo más adelante, la “Razón de Ser” de esta organización finalizaba dando justificación al nombre elegido:

“para que esta agrupación se inspire en altos ideales, y no se aparte de ellos jamás, llevará el nombre del Gran General de los Andes, modelo de conductor de hombres y de Ejércitos, y él mismo un ejemplar soldado por sus excelentes virtudes militares. El también condenó, y prohibió hasta en las conversaciones por considerarla funesta, la intervención de la política en el Ejército y supo con mano férrea apartarla, salvando sus tropas de la desorganización y de la anarquía”. (pág. 137)

La logia se propuso como objetivo controlar el Círculo Militar —objetivo que logró al año siguiente—, e impulsar la candidatura del todavía Cnel. Agustín Justo

para el Ministerio de Guerra en el futuro gobierno del presidente Alvear. Llegado al cargo, Justo incluiría en su gestión como Secretario al Cnel. Manuel A. Rodríguez. Alcanzadas estas metas, la logia se disolvió a principios de 1926, pero la dupla ministerial tendría promisorio futuro.

Como pudo apreciarse, la figura de San Martín ha venido a convertirse en un tipo de modelo militar que esconde la paradoja de proponer una política "anti-política", defendiendo un tipo de autonomía profesional que, por la vía del rechazo a las orientaciones que fijaba el poder ejecutivo, comenzaba a ocupar un lugar en el sistema político. Sin duda, en esta apropiación sanmartiniana nos empezamos a alejar del modelo de Mitre, quien nunca pensó que la figura de su biografiado pudiera ofrecer un modelo de relación entre lo militar y la soberanía de la política en la del Estado. Aunque este alejamiento de la imagen mitrista parece haberse producido sin demasiada conciencia (notemos que a iniciativa del director del Colegio Militar, el Cnel. Justo, los cadetes del colegio participan, a mediados de 1921, del homenaje al Gral. Mitre con motivo del Centenario de su nacimiento, y que fuera leído políticamente como un gesto opositor).<sup>(14)</sup>

Tal vez también pueda ser tenido como un índice de este nuevo clima "El discurso de Ayacucho" pronunciado, como se sabe, por Lugones en el centenario del fin de la guerra de independencia. En esta pieza clave para la historia de nuestro pensamiento organicista, habrá dos menciones a San Martín. La primera de ellas, circunstancial, a propósito de los últimos ochenta granaderos que combaten en Ayacucho. La segunda, en medio de un elogio a la ciudad de Lima. No obstante la brevedad del párrafo se dejan apreciar tanto la fuente mitrista como también a esta nueva línea interpretativa que extendía su virtud a la arena moral.

"Lima... laureles rindo a tu fama y palmas a tu belleza que hizo flaquear —dichoso de él en su propia demisión— al Hombre de los Andes con su estoicismo".<sup>(15)</sup>

Creemos así haber presentado, en breves trazos, los avatares de la evaluación de la figura sanmartiniana y de las modalidades de constitución de una imagen sanmartiniana en la memoria colectiva, hasta los años '30.

\*

La quiebra del orden constitucional del año '30, junto con muchos cambios en la vida social argentina, traería también aparejada una crisis de la percepción del pasado común. Inesperadamente, se habían encontrado los límites del progreso material y los límites del procesamiento de conflictos del orden político. Ambas rupturas tal vez requerían nuevas elaboraciones sobre el pasado, acaso un poco más a la medida de los nuevos protagonistas de la escena pública.

En relación a nuestro tema se producen acontecimientos relevantes. En 1932 conoce la luz una nueva biografía de San Martín. Nos referimos a la *Historia del*

*Libertador General Don José de San Martín.*<sup>(16)</sup> Publicada en Bruselas, su autor, José Pacífico Otero, había pasado largos años en Europa consagrado sobre todo a la búsqueda de las fuentes documentales que hasta entonces habían sido, en general, ignoradas por los historiadores americanos. Esta obra llevada a cabo con todas las precauciones de la moderna heurística, no agregaba demasiadas novedades desde el punto de vista fáctico, aunque es verdad que permitía tomar en consideración toda una serie de detalles hasta ahora ignorados.

Sin embargo, si consideramos las perplejidades más fuerte que se abrieran ante la mirada histórica sobre la evaluación de los hechos y la vida del jefe militar (entre otros, el encuentro guayaquileño o el regreso de 1829), los cuatro volúmenes de Otero no agregaban demasiado. Esta cita, a propósito de Guayaquil, puede ser ilustrativa del modo en que Otero encaraba la interpretación de los silencios de San Martín, subordinando toda su construcción más al empeño valórico antes que a la heurística:

“Hoy, la historia, constituida en tribunal, y fallando con conocimiento de causa, declara que si hubo allí aparentemente por parte de Bolívar una victoria política, hubo simultáneamente una victoria moral, correspondiendo ésta por entero a San Martín”.<sup>(17)</sup>

En consecuencia, la novedad de Otero resulta mejor ser una nueva luz interpretativa que elevaba a San Martín a una jerarquía de héroe moral de la argentinidad, convirtiendo al mismo en epítome de la misma. “Más que una razón de nacimiento, la argentinidad de San Martín la explica el carácter de su obra y los móviles que obedeció”.

En la *Introducción* se nos señala el sentido de la obra. “Es de nuestro deber apuntar previamente los rasgos fundamentales de nuestro héroe, decir dónde principia y dónde termina su papel de Libertador, y esto con el decidido intento de demostrar que san Martín fue tan héroe en lo moral como en lo épico, héroe sin idolatría, héroe en la virtud trascendente, que lo es la del desinterés”. Tal corporeidad moral de la argentinidad es acompañada también de todas las virtudes del hombre público que desde ahora le eran sumadas a la virtud militar, casi indiscutible desde mucho antes en la historiografía. San Martín expresa la argentinidad convertida en empresa. En consecuencia, aúna la visión de gran altura del político desinteresado a la genialidad militar. La suprema virtud resulta ser la obediencia disciplinada:

“...la primera lección de soldado y de patriota que nos da San Martín está ahí, es decir, en esta forma respetuosa, y si se quiere, subalterna, conque se vuelca a la revolución, callando sus votos íntimos, rindiendo un pleito de homenaje a la disciplina”. (vol. I, pág. 203)

Aunque, en oportunidades, deba la disciplina trocarse en jefatura política

cuando quienes deben dirigir la empresa colectiva no han sido capaces de llevarla a buen término; por caso

“la patria en 1815 que ignoraba los caminos para llegar al triunfo, pero San Martín los descubrió, y uniendo lo político con lo militar, aliando lo argentino con lo chileno, se reveló el primero de los Capitanes y el primero de los políticos en el Continente”. (vol. I, pág. 283)

Otero, que había pasado una década dedicado con entusiasmo a la recolección de nuevas fuentes documentales, a la hora de presentar a su San Martín lo hace movido por un entusiasmo de otra índole: presentar un modelo moral de tradición hispánica y de proyección americana, que sirva de base para la elaboración de un nuevo compromiso de acción colectiva, el sanmartinismo.

Al año siguiente, se concreta la creación del Instituto Sanmartiniano. Dado el prestigio del autor, no constituyó ninguna sorpresa que José Pacífico Otero fuera llamado a presidir este Instituto Sanmartiniano. La fundación tuvo lugar en el aniversario de Maipú, 5 de abril de 1933, en la sede del Círculo Militar. Su organización comprendía una Comisión Directiva y una serie de adhesiones numéricas. Cincuenta personas, en total, de las cuales diecinueve usaban uniforme. En cuanto a la propia Comisión Directiva, sus veinte miembros incluían la ya mencionada presidencia de Otero, dos vicepresidentes, un general y un vicealmirante, y entre los responsables de distintas tareas y vocalías se contaban a otros dos generales y cinco oficiales de alta graduación. No pueden quedar dudas acerca de la primacía del interés uniformado en promover una visión del pasado que hacía su centro en la obra de San Martín.

A continuación deciden iniciarse gestiones para la publicación de un órgano propio, la revista *San Martín* que tiró 9 números entre 1933 y 1937, fecha de la muerte de Otero, cuando se lo convierte en *Boletín*. En el primer número, por la pluma del propio Otero, se deja sentado el manifiesto de esta nueva empresa de la memoria.

“POR QUÉ TODO ARGENTINO DEBE SER SANMARTINIANO.

1º porque el Sanmartinismo trasunta una nueva doctrina que emerge de la bondad y la perennidad de la patria;

2º porque el Sanmartinismo se remonta en sus causas primeras a los orígenes de la nacionalidad, estudia y analiza esta nacionalidad en el cuadro histórico en que se gestó y desarrolló la patria;

3º porque al enfocar este estudio se enfoca la figura máxima de esa gestación y esto en el doble campo del pensamiento y de la beligerancia;

4º porque estudiando esta figura guerrera y espiritual del ciclo heroico que es San Martín, se estudian a las figuras menores que actuaron dentro de su órbita y obedeciendo al mismo impulso creador a que obedecía el Héroe, crearon y fundamentaron la epopeya;

5º porque el Sanmartinismo es una doctrina apolítica de virtualidad trascendente, lo



que permite que el corazón de los argentinos se vuelque por igual en la patria del pasado, del presente y del porvenir".<sup>(18)</sup>

La segunda iniciativa del sanmartinismo, era elevar al poder ejecutivo —esto es, al presidente Justo y al ministro de guerra Rodríguez— el pedido de realización de ceremonias públicas de conmemoración para el día 17 de agosto. En nota del mes de junio de 1933, se piden cinco minutos de recogimiento para la fecha, al tiempo que se aclara que “el Instituto no persigue el propósito de que el día de referencia sea feriado. Entiende que el trabajo no es óbice para el homenaje. Sí deseamos que ese día y hora saluden las fuerzas de mar y tierra la memoria del Capitán con salvas y el Magisterio consagre media hora a rememorar sus virtudes o hechos sobresalientes”.

A principios de agosto de 1933, a través del Decreto N° 26.129 se accede a dicha petición.<sup>(19)</sup> La parte resolutive dispone:

- Suspensión de cinco minutos de las tareas en reparticiones públicas.
- Conferencias en los establecimientos de enseñanza recordatorios del “heroísmo, firmeza, desinterés y abnegación con que sirvió a la patria y la libertad en Sud América”.
- Rendir honores militares.

Una verdadera fiebre de iniciativas de conmemoración a San Martín se desata por entonces. El gobierno de Mendoza pide se imponga el nombre de “Camino del Libertador” a la actual ruta nacional N° 7 “iniciativa destinada a mantener y perpetuar el culto del nombre glorioso de San Martín, considerando sagrados los sitios que lo recuerdan”.

En la provincia de Santa Fe, donde el 17 de agosto ha sido declarado feriado provincial desde poco tiempo atrás, el gobierno demoprogresista entiende que el sentido del mismo es “que podamos dedicarnos no sólo a la meditación de su obra, sino al descanso de un pueblo laborioso que al saber que lo goza en recordación del libertador de tres naciones sentirá hacia él gratitud”.<sup>(20)</sup>

El día 17 de agosto, además de las propias ceremonias oficiales diversos actos “privados” subrayan la nueva centralidad de la fecha. Entre ellos, la Asociación de Damas Argentinas “Patria y Hogar” inaugura el taller de costura “Remedios Escalada de San Martín”. La Liga Patriótica Argentina ofrece una palma de flores en la catedral e integra a la conmemoración sus distintas escuelas para obreras. La Brigada “Juan Lavalle” de la Legión Cívica Argentina ofrece homenaje en la Plaza San Martín.

En la ceremonia oficial de la Plaza de Mayo, al dar la hora quince, hora de la muerte del héroe, se oyó la llamada a silencio por dos trompas de Granaderos a Caballo. Luego en un palco que contaba con la presencia del presidente Justo, del ministro de guerra, de miembros de los otros poderes estatales, del cuerpo diplo-

mático, de la educación y de “agrupaciones nacionalistas”, tomó la palabra José P. Otero:

“Por primera vez la memoria de nuestro glorioso Capitán ha sido realzada ante el concierto de la opinión como el héroe y el hombre se lo merecen. Esperamos que sea de aún mayor repercusión en el futuro”.<sup>(21)</sup>

El Instituto Sanmartiniano ha hecho imprimir una serie de postales alusivas, con la intención de divulgar imágenes del héroe acordes a sus retratos históricos y no a la imaginación artística, las que son distribuidas por una comisión especial de señoritas del Instituto, junto a una delegación de huérfanos de militares y del Club Gimnasia y Esgrima. Grupos de Boys Scouts también se integraron a las ceremonias.

Por su parte, el Parlamento llamó a sesión especial. Inmediatamente de abierta se pasó a cuarto intermedio por cinco minutos. Luego se iniciaron los discursos alusivos. También se detuvo el ritmo de los negocios que en muchos casos demoraron la apertura vespertina. La Bolsa de Comercio detuvo su agio cinco minutos. La Bolsa de Cereales también lo hizo, aunque sólo por tres minutos.

Pero el acto del Instituto Sanmartiniano, a través de todo el brillo ceremonial que alcanzara, dejaba ver quiénes eran los principales promotores de la conmemoración, quiénes resultaban elevados en la consideración colectiva como más adecuados herederos de la gloria sanmartiniana y también quiénes eran los amigos políticos de estos herederos.

La coalición de la conmemoración sanmartiniana, es claro, no incluye a la Unión Cívica Radical. Aunque esta última —en medio de una profunda confusión que resulta no sólo por su exclusión ilegal del poder, sino también por la reciente muerte del ex-presidente Yrigoyen—, decide organizar su propia conmemoración sanmartiniana, por medio de un acto en la **localidad de San Martín** (Pcia. de Bs.As.) consistente en un Funeral Cívico de Homenaje a la memoria de don Hipólito. Esta forma particular del Radicalismo de sumarse a la conmemoración sanmartiniana constituye, de por sí, una denuncia política y revela los límites de la operación estatal de manipulación —en provecho de los pretores modernos— de la memoria del vencedor de Maipú.

### **El Santo de la Espada**

La aparición de *El Santo de la Espada* fue anunciada por Ricardo Rojas en octubre de 1931, mediante una nota en un matutino. Ricardo Rojas, destacado intelectual que ha estado entre los primeros en impulsar la nacionalización cultural como empresa restauradora de lo argentino alrededor del Centenario, más tarde ha ocupado lugares importantes en la universidad porteña. Su obra principal, publicada entre 1917 y 1922, la *Historia de la Literatura Argentina*, resulta un extenso fresco reconstitutivo del pasado de nuestras letras. A ella deben también agregarse otra serie de

producciones que argumentaban en favor de una filosofía de lo americano en conexión con lo universal, especialmente en *Eurindia* (1924). Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y más tarde Rector de la Universidad de Buenos Aires (1926-30) nunca se vinculó orgánicamente al Radicalismo en el gobierno. Gesto característico de su peculiar manera de entender al mundo de la política, como un desafío anunció públicamente su afiliación a la Unión Cívica Radical luego que fuera depuesto el presidente Yrigoyen e intervenida la Universidad de Buenos Aires por los personeros uriburistas.

Su continuidad en la cátedra y en la tarea intelectual no fueron obstáculo para una actividad política regular, aunque también es necesario aclarar que, como él mismo lo ha dicho, “nunca se sintió hombre de partido”. El golpe de estado que le impuso la elección de una nueva forma de vida será también un momento de inflexión en cuanto a sus concepciones. En los treinta, Ricardo Rojas ha dejado de ser, como en el Centenario, un joven mimado de la élite; se ha convertido en opositor y tratado como tal. Con amargura ve cómo aquellos argumentos que él había imaginado contribuciones a la mayor armonía colectiva habían terminado por servir a otra clase de restauración, una bien distinta de la que él alentara.

Puede pensarse que Rojas en el terreno de lo histórico, después del fatal giro del año 30, ha intentado elaborar una nueva religiosidad de la Nación, sobre la base de la conciliación de su ya conocido indianismo con la tradición liberal-democrática. Cabe aquí mencionar su concepción del Radicalismo en tanto religión laica de la nacionalidad, contenida en *El Radicalismo de Mañana* de 1930, pero sobretodo, tal opinión puede ensayarse a partir de sus títulos fundamentales en el terreno de lo histórico: *El Santo de la Espada*, dedicado a San Martín, y *El Profeta de la Pampa*, dedicado a Sarmiento. Resulta interesante cómo este Rojas, definitivamente partidario, sigue sin embargo pensando en su labor como un magisterio de exclusivo sentido argentino y utilizando su escritura para proponer, siempre desde el pasado, los modelos de la Nación futura.

La extensa obra escrita de Ricardo Rojas, como se ve, puede ser apreciada desde perspectivas muy diversas. En terrenos como el de la historia de la literatura, realizó tarea fundacional, de modo que la misma todavía hoy sigue siendo hito decisivo de comprensión. Habrá también muchos entre sus trabajos que sólo conservan interés para los curiosos por lo viejo. Con todo, creo que una de sus realizaciones, *El Santo de la Espada*, sigue conservando un enorme interés dado que se convirtió tal vez en la más resonante de sus creaciones. Un *best-seller* de un tiempo en que la lectura se hallaba notablemente más extendida que ahora. *El Santo de la Espada* produce —desde el nombre— un santo laico; un San Martín nunca mejor a la medida de la exegética escolar, y que como tal, fuera luego ampliamente difundida, incluso entre aquellos que jamás pasaron por sus páginas.

En las líneas que siguen intento mostrar que la obra de Rojas surgió como una contestación opositora (como una clara intervención política), al uso que de la figura del creador de los Granaderos a Caballo intentaba difundirse. Es por ello que

la difusión del retrato sanmartiniano de Rojas a través del más paradigmático de los aparatos ideológicos estatales (al menos en aquellos años), entraña más de una paradoja, pues no era exactamente esa la figura de San Martín que deseaba divulgarse.

Dijimos antes que la incorporación de Rojas al Radicalismo se produciría con posterioridad al golpe de setiembre. Su notabilidad intelectual, el coraje moral puesto de manifiesto al adherirse al partido en su momento más difícil, le abrirán paso más o menos rápidamente hacia los niveles directivos, eludiendo las formalidades y "etapas" más habituales de producción de liderazgo casi siempre mediadas por "la máquina".<sup>(22)</sup> La nueva situación imponía el alejamiento de Yrigoyen, en Martín García, y de Alvear que fuera obligado poco después de su regreso de Europa a retirarse a Montevideo. Entre las direcciones colegiadas que los radicales se verán obligados a improvisar la figura de Rojas comenzará a ser una presencia habitual.

Rojas, el 10 de octubre de 1931 anunciaba la próxima salida de su biografía sobre San Martín en el periódico *Noticias Gráficas*. "Durante este último año, por vía de disciplina ascética, he estado escribiendo una vida del General San Martín. Muestro en ella cómo San Martín fue el moralista de la espada".

Pocos días más tarde, el 14, era obligado por una ruidosa barra a tomar la palabra en la Convención Radical que expresaba su repudio al veto de las candidaturas radicales para la próxima elección presidencial y la anulación del comicio de abril en la provincia de Buenos Aires. Todavía ese mismo mes de octubre Ricardo Rojas redacta "El comicio cerrado", manifiesto de la Unión Cívica Radical que proclama la abstención ante las próximas elecciones de noviembre. Las gestiones deben ser realizadas con discreción en función del estado de sitio que impusiera Uriburu durante toda su gestión.

Esta suspensión de garantías fue dejada sin efecto luego de la asunción del gobierno de la Concordancia, en febrero de 1932. No obstante seguía pendiente la amenaza gubernista de que si el Radicalismo se arriesgaba a la intentona "revolucionaria", los responsables serían confinados a Ushuaia. El asunto de las garantías democráticas, como se verá luego, jugará un poco en nuestra historia.

Volviendo a la elaboración de *El Santo de la Espada*, la siguiente noticia sobre su marcha sería proporcionada por el mismo medio, *Noticias Gráficas*, el 23 agosto del año siguiente, cuando el propio Rojas anuncia que ha dado "los últimos retoques de forma a un libro sobre San Martín que título *El Santo de la Espada* y al que he dedicado el trabajo de factura literaria los últimos dos años, aunque el material utilizado proviniera de mis lecturas y estudios históricos de toda la vida". Al mes siguiente, la Junta de Historia y Numismática (luego Academia Nacional de la Historia) de la que Rojas formaba parte desde los años 20, le ofrece su tribuna. Dedicar la disertación a San Martín y termina con la lectura de lo que terminaría por ser el Epílogo de *El Santo de la Espada*.

Comenzaba a saberse por aquella fecha que la obra de Otero se hallaba a punto de ser distribuida (recordemos que la misma fue impresa en Bruselas). Pocos

días antes de la conferencia de Rojas ante la Junta de Historia y Numismática, el 18 de setiembre el diario *La Prensa* publica la Introducción de la obra de Otero y anuncia su próxima presencia en librerías. En cuanto a la recepción del anuncio de próxima aparición de *El Santo de la Espada*, *La Nación* había sido amable, como lo sería en casi todos los casos con las obras de su habitual colaborador. No ocurre lo mismo con *La Fronda*. El ejemplar del 2 de octubre de 1932 comenta:

“Este admirador del señor Yrigoyen se permite también ser admirador de San Martín, en cuyo perjuicio ha escrito el pregonado libro con el título soberanamente grotesco de *El Santo de la Espada*. Pero ha dado la casualidad de que antes de su terminación se haya publicado la monumental obra del Dr. José Pacífico Otero, sobre el Libertador, fruto de veinte años del trabajo y repertorio de información histórica insuperado hasta la fecha. Este acontecimiento, como es lógico, quita todo interés a los floripondios del señor Rojas”.

Pese a la evidente antipatía con que *La Fronda* trata a Rojas, era evidente que el anuncio, casi simultáneo, de dos obras sobre el mismo tópico, abría paso a una inevitable coyuntura de cotejo. Cuáles serían los ejes de esta confrontación, quedaría evidenciado en el intercambio polémico que ambos autores protagonizarían en la segunda mitad del siguiente año.

\*

Pese a los anticipos de 1932, la aparición de *El Santo de la Espada*<sup>(23)</sup> se demoró por algunos meses. Recién en junio del siguiente año 1933 se puso a la venta, en una primera tirada de 20.000 ejemplares que realizó la Editorial Anaconda. Una profusa propaganda acompañaba la salida del libro, que resultaba sin duda beneficiado por la expectativa de público que abrían todas estas otras iniciativas “sanmartinianas” que sumarizáramos en la primera parte de este escrito. La obra se beneficiaba de su formato compacto, alrededor de 500 páginas, pero sobre todo de la perspectiva literaria adoptada para el tratamiento de los materiales que tenía como virtud producir una rápida comunicación con el lector.

Aunque el lugar disponible excede las posibilidades de una consideración pormenorizada, brevemente notemos que desde el Prólogo Rojas define con claridad el sentido y novedad de su obra:

“Hay algo nuevo en este libro, no por su materia, casi toda divulgada, sino por el orden en que la refundo y la composición artística... Escribo así una historia que se romancea, en la perspectiva individual de la psicología, sin excluir el mito que es inherente a toda epopeya y que da a las vidas heroicas un misterio trascendental”.

La “factura literaria” que el mismo Rojas indicara en el mes de agosto pasado, lo llevaba a comparar a San Martín con toda una serie de figuras históricas (Epami-

nondas, Alejandro, El Cid, Napoleón), pero también con una amplia serie de figuras provenientes de la literatura y la mitología de diversos orígenes, enfatizando casi continuamente en ese retrato "místico" que anunciaba en la introducción. La narración minuciosa de la vida sanmartiniana es impregnada de un halo mítico, y para su aprehensión simplemente citaremos unos pocos títulos de capítulos. Dividido el libro en "Jornadas", entre los capítulos de la primera Jornada (1778-1816) tenemos al "Caballero de América", "En el mar de las Atlántidas", "El secreto de la Logia Lautaro"; en la segunda jornada (1816-1822) destaca "El viaje del Destino", "La Guerra Mágica del Perú", culminando en la tercera sección con "La cartuja de Grand Bourg", "El continente dionisiaco" y, especialmente, "¿Era un hijo del Sol?".

Del capítulo citado en último término extraemos el siguiente pasaje:

"(Las) palabras que esclarecen el destino de Lohengrin, podrían aplicarse a San Martín... Había venido del mar de los Atlantes que fueron hijos del Sol, y caminó como llevado por una fuerza fatal, hasta la tierra de los Incas, que también fueron hijos del Sol. El héroe sintió en su voluntad la fuerza que lo conducía". (pág. 487)

Si este carácter místico de la figura que Rojas proyectaba de San Martín podía acomodarse junto a *Eurindia* sin dificultades, debería también notarse que el libro plantea toda una serie de referencias al presente y que tiene como preocupación simétrica al retrato de la "vida" sanmartiniana, el reflexionar sobre las modalidades del ser militar entre nosotros.

"Es sin duda un honor para el Ejército Argentino tener a semejante 'general' como patrono de sus armas ...el San Martín de estas páginas viene para dar oportunas lecciones de abnegación a los que militan bajo la misma bandera que él... Este libro, aunque sale a la luz con alguna demora que el autor habría deseado evitar, es evidente que el estado actual de la República torna oportunas las sugerencias morales que de sus páginas se desprenden". (Intr.)

Sobre el final, en el Epílogo, volverá a resonar la actualidad de la reflexión sanmartiniana. "El mensaje que San Martín trajo para los ejércitos y los pueblos de América —mensaje que no debemos olvidar— se resume en aquella inspiración de amor que opone a la fuerza arbitraria del instinto, la fuerza protectora del espíritu... Y así se descifra la leyenda heroica de San Martín, asceta del patriotismo".

No necesito extenderme en comentarios para señalar las diferencias de tono con la obra de José Pacífico Otero. Aunque ambas —y ese es su común denominador— comparten la mostración de un San Martín que se erige como modelo moral de la argentinidad, mientras el retrato de Otero insiste en su presentación como militar y como hombre de estado, la figura que construye Rojas lo muestra como asceta protector. Entre *El Santo de la Espada* de Rojas y el *Libertador...* de Otero es posible indicar un abismo; el mismo abismo que por entonces divide a las fuerzas políticas y sociales en la Argentina de la Restauración Conservadora.

\*

Como era esperable hubo a continuación una polémica entre ambos autores. Todo se daba para ello. Por comenzar, la común empresa de difusión del culto sanmartiniano que por diferentes vías ambos habían comenzado.

Seguido podríamos señalar la diferente pertenencia a linajes culturales. Rojas siempre se ha movido en un ámbito laico de la cultura, y el espiritualismo idealista que rezuman sus obras no puede de ninguna manera ser vinculado a lo teológico. Otero, en cambio, ha vivido su adolescencia y juventud en la orden franciscana, y sus primeras producciones escritas estuvieron dedicadas a historiar su propia orden. Permaneció varios años en Europa, donde abandonó primeramente los franciscanos y más tarde los votos sacerdotales, contrayendo enlace. No obstante, sobre el final de su vida, en 1935, sintiéndose enfermo se divorcia y regresa a la orden, con cuyos hábitos fallece en 1937.

Por seguir, Rojas se ha incorporado al Radicalismo, mientras que es explícita la aversión que a Otero le produce la figura de Yrigoyen y sus diferentes posiciones en el día con día de la política de aquellos años. Por cierto que la coyuntura de 1932 y 33 iría ahondando esas diferencias. El San Martín de Otero venía admirablemente bien al reglamentarismo del ministro de guerra Rodríguez, quien sería póstumamente conocido como "El Hombre del Deber", y con ello elevado a la categoría de "nuevo Santo de la Espada".<sup>(24)</sup>

En cuanto a Rojas, sus acrecidas responsabilidades políticas determinarán que a fines de 1933, cuando fracase la intentona radical, se encuentre en la lista de los confinados de Ushuaia, cumpliéndose así la advertencia de Uriburu.

*La Fronda*, a quien ya vimos anticipando antes de leer ninguno de los textos, la victoria de Otero sobre Rojas, pidió al primero un comentario sobre el libro del segundo. Otero, publicará en ese periódico una serie de Observaciones Críticas durante los meses de agosto, septiembre y octubre, que serán respondidas por Rojas en el diario *La Nación*.<sup>(25)</sup>

La perspectiva que adopta Otero, desde el mismo comienzo, es el señalamiento de errores que contiene el libro de Rojas. La mayor parte de la primera observación (20 páginas sobre 25) se destina a observar minucias que Rojas luego calificará como "charla de viejas". Sobre el final se acerca más al punto, al sostener que hubo un inexplicable retraso en la aparición del libro de Rojas (8 meses entre las pruebas de imprenta disponibles el día de su conferencia en la Junta y la fecha de su aparición). Que ese lapso de tiempo había sido utilizado por Rojas para revisar por completo su propia obra y reescribir *El Santo de la Espada* a la luz de los nuevos datos documentales. Ello dará el tono principal de los textos intercambiados.

Otero, inventariando todas las informaciones que Rojas, según él, no podría haber extraído sino de su propia obra, y Rojas respondiendo detalle por detalle de dónde había obtenido la información y concluyendo que "aún sin haber leído el libro del señor Otero, sabía que nada nuevo podía contener". (pág. 327) Sin dar

detalles, Rojas sostiene que debió atrasar su publicación en razón del estado de sitio imperante.

Otero volvió a la carga y siguiendo fastidiosamente en la búsqueda de detalles terminará sosteniendo que al conocer su *Historia del Libertador...*, Rojas “mandó a retirar los originales que tenía en la imprenta y, lenta y silenciosamente, fue introduciendo variantes en su texto hasta duplicar su contenido”.<sup>(26)</sup> En cuanto al estado de sitio, “(este) no paraliza la vida intelectual. Lo que paraliza son las actividades partidarias y demagógicas contrarias al orden y opuestas al bienestar de la colectividad y alta política del Estado”.

Una breve reflexión sobre esta aburridísima recolección de detalles —por ejemplo, acerca de la foja militar del hermano de San Martín o el día del casamiento de sus padres, y muchos por el estilo—, permite afirmar la casi completa inexistencia de novedades sustantivas en el trabajo de Otero. No obstante podría arriesgarse que seguramente Rojas la conoció antes de cerrar su *El Santo de la Espada*. Sería imposible que un lector tan ávido y curioso no se remitiera cuanto antes sobre una obra que se ocupaba de sus mismos asuntos. Lo que resulta más difícil es sacar conclusiones acerca de las eventuales copias que podrían haberse producido.

Salvo en un caso, Rojas resulta convincente en su defensa de haber obtenido la información por otras vías. El caso en cuestión es sobre la presencia o no en Buenos Aires del padre del Libertador al momento de su casamiento, o si ocupó su lugar un apoderado. Como se ve, no parece demasiado grave.

Por supuesto, ambas obras presentan características inconfundibles. Aunque ocupando menos lugar —como cabía a un estilo de disputas que centraba en los “hechos” la objetividad— ambos contendientes argumentarán sobre la bondad de sus respectivas construcciones. Otero, que abre el juego, se preguntará qué utilidad podría tener para alguien, para algún escolar, por ejemplo, la obra de Rojas, en tanto un galimatías que mezcla lo histórico con lo esotérico y “utiliza conceptos enmarañados para explicar fenómenos que se explican sin intervención del ocultismo”. (pág. 29) Finalmente señalará su disgusto con la idea de la “santidad” sanmartiniana. “Muy lejos estuvo (de serlo San Martín) quien abandonando lo estático, se lanzó a la acción y con su espada rompió las ataduras seculares de un mundo”. (pág. 31)

A su turno, Rojas defenderá además de la impecabilidad de sus fuentes informativas el estilo de escritura adoptado para la obra, que le ha significado un gran éxito de público. En cuanto al espiritualismo de la obra, no debe haber sospechas de inspiración “del ocultismo teosófico, como suelen creer algunos frívolos, sino según la mística cristiana y las investigaciones de lo subconsciente”. Por último, dando vuelta el argumento de su interlocutor con respecto a que los militares no pueden ser santos, Rojas escribe: “sólo me acojo a la opinión de San Bernardo sobre los Templarios, y a su frase ...*non dico militiae sed malitiae*”. (pág. 316)

Cuando Otero vuelva a la carga en enero de 1934 lo hará con ánimo peor.



Rojas, detenido en Martín García y luego confinado a la penitenciaría austral, no está en condiciones de responderle y pareciera ser que, más adelante, ninguno de ellos quiso volver al asunto.<sup>(27)</sup> En *La Buena y la Mala Historia*, Otero insistió en las copias de que era objeto y refutó que el éxito de ventas de *El Santo de la Espada* se debiera a su calidad sino a su baratura. “El público busca lo barato, y esto aun cuando sea malo. Esto es lo plebeyo”. (pág. 108)

Volviendo sobre la santidad sanmartiniana, y los argumentos del misticismo cristiano de Rojas, Otero descarga su amargura.

“Ha procedido como cuando (antes) quiso deslumbrar al pensamiento religioso en el Plata... y como procedería en el día de mañana si, por impulso propio o mandato partidario debiese escribir *El Taumaturgo de Recoleta*”. (pág. 118)

Insiste en que San Martín fue un militar y no un místico, y la vinculación de ambos conceptos provoca una rebaja de los dos términos, esto es de la idea militarista y de la idea de la santidad. La obra de Rojas resulta muy lejos del pretendido homenaje a San Martín, pues falta a la verdad, y a los procedimientos ordinarios de los historiadores “obedeciendo a dictados de reservas teosóficas y partidarias”.

“Los santos son seres de otra estirpe. La espada les está prohibida por Cristo, y si ella se asocia a la cruz es como elemento auxiliar, en el terreno de la violencia que impone a veces la civilización. San Martín no pertenece a la estirpe de los santos armados. San Martín pertenece a la estirpe de los grandes varones de la Historia que con la virtud dinámica de su pensamiento y de su espada han hecho cosas grandes e inmortales. El que admite comparación con Alejandro, con Aníbal, con César, con Marco Aurelio y con Napoleón, no lo admite con San Pablo, ni con San Luis”. (pág. 130)

Cerramos así este breve recorrido de la polémica entre Rojas y Otero. Con independencia de los avatares posteriores del sanmartinismo, nos parece innegable que como operación de difusión conmemorativa, el mismo tuvo rasgos específicos. El impulso que recibe desde el Estado y las Fuerzas Armadas resulta funcional a una coyuntura novedosa de la experiencia argentina caracterizada por el ingreso de los militares a la arena política, una presencia que, en adelante, no hará sino dilatarse.

También nos parece que la operación de difusión del nuevo sistema de memoria fue, acertadamente, interpretado como inscripto en una lógica política de militarización de la vida política y de exclusión de la participación ciudadana. *El Santo de la Espada*, con las peculiares formas de conceptualización y escritura que hacen de Rojas una figura única entre nuestros intelectuales, intentó ser una respuesta que, admitiendo al sanmartinismo, lo revestía, a un tiempo, de vestimentas míticas que sostenían su “santidad”, pero también de un espíritu ciudadano y democrático.

Por supuesto que ésta era una empresa de legitimación. Ambas lo fueron.

Pero, contra la esperanza de Otero que confiaba en que el éxito de ventas de *El Santo de la Espada* fuera pasajero, su éxito fue, valga el vocablo, memorable. Para 1947, se habían vendido 200.000 ejemplares. Fue traducido a varios idiomas y dejó acuñada una metáfora imborrable para la reflexión sobre San Martín.

Tal vez valga la pena terminar este ensayo citando palabras leídas en 1982 por el historiador santafesino Leoncio Gianello —fallecido ese mismo año—, en oportunidad que la Academia Nacional de la Historia recordara el centésimo aniversario del nacimiento de Ricardo Rojas.<sup>(28)</sup>

“San Martín tuvo en Mitre a su biógrafo genial...; tuvo su biógrafo de la larga, minuciosa y paciente investigación en José Pacífico Otero, pero en Ricardo Rojas hay un San Martín enraizado en los ancestros de América y proyectado en visión ecuménica. Este libro es para mí el vial rector en el pensamiento de R. Rojas... Es un libro de patriotismo y de moral, libro que, como un breviario monjil, debiera estar en la lectura cotidiana de los argentinos”. (págs. 354-355)

Cuarenta años después Mitre, Otero y Rojas, son situados a la misma altura. A cada uno de ellos se le reconoce una tarea en la producción del sanmartinismo, y a Rojas le corresponde divulgarlo. No parece haber entre esas sucesivas producciones conflictos de algún tipo y *El Santo de la Espada* deviene en breviario.

Insistimos en que tal continuidad es insostenible, en que cada una de estas elaboraciones es susceptible de ser especificada como una intervención. Lo mismo ocurre con este ensayo nuestro que hoy vuelve sobre el sanmartinismo, pues por cierto que el sanmartinismo está aún entre nosotros. Por cierto que nos sigue proponiendo un modelo de santidad que como *exempla* murmura una teología de la Patria. Por cierto también, que es necesario revisarlo.

## NOTAS

(1) Entre otros, y para el caso de los Radicales, Cfr. A. Cattaruzza, *Historia y política en los años treinta: comentarios en torno al caso Radical*, Buenos Aires, Biblos, 1991.

(2) F. Devoto (comp.), *La historiografía argentina del siglo XX (I)*, Buenos Aires, CEAL, 1993, especialmente N. Pagano y M. Galante, “La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del Centenario a la década del '40”.

(3) A. Cattaruzza, “Algunas reflexiones sobre el Revisionismo Histórico”, en: F. Devoto (comp.), op. cit.

(4) Al respecto, el aporte de mayor significación conocido últimamente nos parece que es el trabajo de D. Quattrochi-Woisson, *Los males de la memoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

(5) F. Devoto, “Taine y Les Origines de la France Contemporaine”, en: *Entre Taine y Braudel*, Buenos Aires, Biblos, 1992.

- (6) N. Botana, *La Libertad Política y su Historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991. Especialmente caps. 1 y 4.
- (7) La siempre aguda visión de T. Halperin Donghi lo ha señalado con anterioridad en: "La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre", incluido en: *El Espejo de la Historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- (8) B. Mitre, *Historia de San Martín y de la Emancipación Americana*, Buenos Aires, Anaconda, 1950, pág. 15.
- (9) C. Salas, *Bibliografía del Gral San Martín y de la Emancipación Americana*, Buenos Aires, 1910.
- (10) Taller de Historia de las Mentalidades, "La Argentina de 1810. Argumentos, imágenes, alegorías de un Centenario", en: *Estudios Sociales*, N° 4, Santa Fe, UNL, 1992.
- (11) Ídem.
- (12) A. Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981; R. Potash, *El Ejército y la Política en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.
- (13) J. Orona, "Una Logia poco conocida y la Revolución del 6 de Setiembre", en: *La crisis de 1930*. Buenos Aires, CEAL, 1988 (1ª Edic. en *Revista de Historia*, 1958).
- (14) A. Rouquié, op. cit., pág. 156.
- (15) L. Lugones, "Discurso de Ayacucho", en: *Antología de la Prosa*, Buenos Aires, Centurión, 1949, pág. 461.
- (16) J.P. Otero, *Historia del Libertador General Don José de San Martín*, Bruselas, 1932 (4 volúmenes); reeditada en 1944 y en 1978 por la Biblioteca del Oficial del Círculo Militar (8 volúmenes).
- (17) J.P. Otero, op. cit., "Introducción" (edición de 1978; pág. 14)
- (18) Ministerio de ejército, Del Instituto Sanmartiniano, Buenos Aires, 1946.
- (19) *La Nación*, 02/08/33. Decreto N° 26.129. Entre los considerandos se lee: "Que el recuerdo del Libertador San Martín debe mantenerse vivo como justiciero homenaje; que dentro de ese deber cívico y para la exaltación de todo lo que encarna, dignifica y da relieve a la personalidad moral de la Nación es oportuno... destinar unos minutos al recogimiento y la meditación sobre la vida y hechos del héroe".
- (20) *La Capital*, 17/08/33.
- (21) *La Nación*, 18/08/33.
- (22) En relación a la Unión Cívica Radical en los años '30, Cfr. A. Persello, *El Radicalismo en crisis (1930-1943)*, Rosario, Ross, 1996.
- (23) R. Rojas, *El Santo de la Espada*. Citamos aquí la edición de Losada, Buenos Aires, 1940. La primera edición, de mayo de 1933 se realiza en editorial Anaconda. La última que conocemos es la realizada con apoyo del Ministerio de Educación, Buenos Aires, 1993.
- (24) A. Rouquié, op. cit., pág. 265.
- (25) Las observaciones de Otero están reunidas en el volumen: *Observaciones críticas a "El Santo de la Espada" y la buena y la mala historia. Desatinos e inopia documental de un crítico*, 2ª edición en volumen único, Buenos Aires, Imprenta Sampietro, 1939. En cuanto a la respuesta de Rojas, que apareciera primero en la prensa, luego fue difundida como un folleto con el título de *Una lección de Historia. A propósito de El Santo de la Espada*. El deterioro del folleto que hemos podido consultar no nos deja conocer su fecha de aparición. Esta respuesta también aparece incluida, con el mismo título, integrando el apartado VI de: R. Rojas, *La Entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, Losada, 1950. Las citas corresponden a esta última versión.
- (26) J.P. Otero, *Observaciones...* op. cit., pág. 112.
- (27) La actividad posterior de Otero en el Instituto Sanmartiniano lo llevó al exterior. Viaja difundiendo el sanmartinismo como ideología americana por Chile, Perú y Venezuela. Posteriormente enferma y regresa al Convento. En un texto polémico posterior, con el venezolano Lecuna, de 1948, Rojas alude vagamente a la muerte de su contrincante. Cfr. R. Rojas, *La Entrevista...*, op. cit., Sección VII.
- (28) L. Gianello, "Homenaje a Ricardo Rojas", en: *Boletín de la A.N.H.*, N° 81/82.